

Fundamentos filosóficos de la Educación.

Parece innecesario disertar sobre un asunto, cuando no se advierte su inmediata utilidad práctica. Esta obsesión pragmática es, sin embargo, uno de los mayores peligros que el educador y el hombre de Estado tienen que afrontar, en un mundo dominado por el interés y sometido a la tortura de la velocidad. Los sucesos se producen hoy con un ritmo tan acelerado, que no queda otro camino que improvisarlo todo. Falta tiempo para meditar, para comprobar pacientemente los resultados de una experiencia. Construimos sin bases o sobre bases deleznable; de tal manera que nuestras obras están expuestas a la contingencia de la destrucción, o lo que es peor, a la suerte poco envidiable de producir males que no hubiéramos querido causar.

La perplejidad que domina en cualquiera de los campos científicos teóricos, se acentúa donde la teoría induce a conclusiones prácticas, donde la idea pretende dirigir el acontecer, es decir, hacer historia. Porque no otra cosa quiere la educación que señalar rutas al hombre, modelándolo y puliéndolo en servicio de un ideal incompletamente realizado. En consecuencia, más que en otros campos, en éste debe definirse y aclararse en cuanto sea posible cualquier concepto

que pueda ser medular, cualquier esencia que nos aproxime a la tierra firme, en vez de alejarnos de la costa, a la deriva, impulsados por las influencias del momento, o por temores y odios que empañen la claridad de nuestra visión.

En general, y haciendo abstracción de los matices intermedios, la ciencia de la educación circula entre dos extremos igualmente peligrosos y seductores, especie de Scila y Caribdis de la teoría docente: el extremo idealista, que identifica la educación con la totalidad de los gestos del Espíritu, y el extremo practicista, que reduce la teoría pedagógica a un conjunto de normas metódicas vacuas, exentas de inspiración.

Identificar la Educación con la actividad del Espíritu, consagra una noción dinámica, impregnada de vida y rica en perspectivas y sorpresas para lo futuro. Si vivir espiritualmente es crear, enseñar es también crear, actualizando las más hondas y peculiares virtualidades del Espíritu. El idealismo pone atención en el hecho de que el contenido material trasmisible por la educación, es elaborado no sólo por el educando, sino en el proceso mismo de la educación, en la síntesis viva que junta las almas y desenvuelve sus secretas potencias.

Esta noción, cargada de poesía y de romanticismo, cautiva sin esfuerzo la simpatía. Nada puede halagar tanto la vanidad del hombre como pensar que su trabajo es eficaz, y que el inmenso conjunto de sus obras se debe nada menos que a su fuerza y a su ingenio; y que, por consiguiente, el mundo por venir será obra de su inagotable capacidad creadora. En esta dirección de pensamiento, es lógico sentir un profundo y justificado desdén por las conquistas culturales realizadas, no por su escaso mérito, sino porque su límite puede ser vencido y con toda seguridad lo será, por la acti-

vidad del Espíritu, capaz de todas las hazañas y aventuras imaginables en la historia.

El extremo practicista está representado por los que, al seguir la línea del menor esfuerzo, reducen la Educación a puras normas y procedimientos, calculados para introducir al educando en el vasto territorio de la cultura. En vez de identificarse con el soplo creador del Logos, la tarea docente se reduce, para los practicistas, a una mera determinación de los medios más apropiados para la enseñanza; los cuales deben ser seleccionados y coordinados por la experiencia. En último término, el practicismo no requiere otro fundamento que los datos empíricos. Naturalmente, tales datos empíricos no pasan de ser simples supuestos arbitrarios, que juegan el difícil papel de bases incommovibles de la certeza, cuando en realidad sólo gozan de un prestigio efímero, condicionado por la existencia de otros datos y por la verificación y control de otras experiencias.

El concepto práctico de la Pedagogía se encuentra fundado en una concepción realista y naturalista radical, así como el idealismo se aferra a una concepción espiritualista. Mientras éste proclama que el espíritu es lo esencial, y que todo debe subordinarse a él o sintonizarse con él, aquél cree que la naturaleza es lo primordial, de donde toda forma de ser y de conocer procede. Para el naturalista, todo está hecho ya, porque la naturaleza es inalterable en su estructura y en sus leyes. Para el idealismo, todo está haciéndose (in fieri). El naturalismo se inclina a reducir la pedagogía a la teoría del conocimiento. Para el idealismo, el conocimiento es sólo un momento de la acción, es decir, de la ética. Lo que importa al naturalismo es "aprender", o sea entender los secretos de lo dado. Toda alteración, toda construcción peca contra la esencia del pensamiento naturalista, convencido de



que la cultura no es otra cosa que mimesis (ciencia natural) o abstracción (ciencia formal) de la realidad natural.

Lo que interesa al idealismo es la vida moral, la personalidad, concebida como centro activo de creación y de libertad. Toda paralización de la corriente creadora, toda inclinación a la rutina, rebaja el nivel de la vida espiritual y conspira contra la libertad y contra la vida. Por lo tanto, la finalidad capital de la Pedagogía es la creación, la transformación perenne de los contenidos y de los motivos de nuestra vida, conservando, no obstante, como asideros estables, los modos más depurados de la cultura: el arte, la religión, la filosofía. Una perspectiva infinita de innovaciones es, para esta dirección, la cultura humana. Creada por la historia, es decir, por el espíritu humano en su historia, la cultura es un conjunto de floraciones sucesivas que se van secando a la vez que aparecen los brotes nuevos. Conocer, sólo tiene aquí un valor secundario. Lo importante es hacer algo nuevo. El conocimiento viene a satisfacer la necesidad de reproducir anteriores situaciones ya superadas.

Aparte de las diferencias anotadas, se destaca como característica irreductible el valor de la inspiración que el idealismo atribuye a la acción didáctica, mientras que el practicismo naturalista endiosa la metodología. Dentro de la concepción idealista se es maestro por vocación, como se es artista. En cambio, al naturalismo le parece que la aptitud docente se adquiere por el conocimiento de los secretos que nos brinda la metodología. Así las almas egregias como las vulgares, en posesión de tales secretos, se encontrarán en disposición de asumir tareas pedagógicas.

A uno y al otro lado se multiplicarán los errores y las exageraciones, por poco que ahondemos el análisis. La tesis del idealismo es tan inaceptable como la del naturalismo. Ni

el proceso de la Pedagogía es creación pura y actividad moral pura, ni podemos vivir enredados en la complicada trama de la metodología. El idealismo olvida el momento de la "tradición" o comunicación de los contenidos culturales, como fenómeno pedagógico característico; a su vez el naturalismo pasa sobre el fenómeno de la creación de valores nuevos, no sólo en el campo del arte, sino en el de la ciencia misma, donde una teoría puede ser un alarde soberano de la imaginación. Uno comete la falta de simplificar todo el cuadro en beneficio de la ética; pero el otro, subestima la importancia de la espontaneidad humana, y en cambio superestima el conocimiento, que es la actividad menos adherida a la vida y más indiferente a la actividad práctica. Por último, si el idealismo pone dificultades al desenvolvimiento de la actividad docente, en cuanto asimila la docencia al arte; el paracticismo naturalista permite el abuso y el tráfico docente, puesto que justifica la "profesión" sin vocación.

Se necesita, pues, abordar esta cuestión —de gran importancia por sus consecuencias prácticas —con ánimo desapasionado y con criterio objetivo. Desde luego, el camino que indicamos aunque lo parezca, no tiene nada que ver con el sincretismo. No tratamos de conciliar tesis opuestas. La oposición que presentamos no tiene más valor que un recurso técnico apropiado para sugerir una solución. Pero la solución no se desprende necesariamente de la posición de las premisas, y mucho menos hemos pensado en configurar un proceso dialéctico. Lo peor que puede hacerse en situaciones de importancia vital, como la que nos ocupa, es acudir a recursos artificiales, aunque sean vistosos y decorativos. En momentos como el actual, nada puede importar tanto a los dirigentes y a las naciones, como esclarecer sinceramente el problema de la educación.

La solución de este problema no puede dejar de

considerar dos factores: la tradición y la creación. El primero está representado por un conjunto de elementos universales, y nacionales, cuya captación por las nuevas generaciones es el supuesto del concepto de educación. Si una generación no trasmite a las siguientes un contenido de esencias valiosas; dignas de ser respetadas por sí mismas, carece evidentemente de eficacia educativa. Si un pueblo renuncia a imprimir en la juventud el sello distintivo de su personalidad, está condenado a desaparecer, disuelto en las corrientes culturales de otros pueblos más vigorosos; sin contar con que las nuevas generaciones se muestran dispuestas a recibir con simpatía, o por lo menos con curiosidad (siempre que los prejuicios o la propaganda no hayan malogrado de antemano su buena fe) el mensaje cultural de la tradición. Desde luego, en países como el nuestro, donde diversas causas perjudican la necesaria unidad cultural, es indispensable acentuar este momento. Las generaciones por venir no nos perdonarán nunca la indiferencia o el menosprecio frente a la rica tradición cultural de nuestro país.

Pero la tradición no pasa mecánicamente de una generación a otra. Si ello ocurriera, no habría historia. Quedaría eludido, suprimido el acontecer. La comunicación de los valores de la cultura se hace en un proceso vivo de síntesis, en la que el espíritu de las nuevas generaciones se incorpora los contenidos culturales tradicionales, los pensamientos y preceptos que la comunidad cultural ha admitido como legítimos. En ese proceso vivo no caben las repeticiones textuales. Sentimientos, pensamientos e intereses diversos, tienen que reflejar los contenidos culturales de diversa manera. Esa diversidad, claro, proviene de los educandos, no de los maestros. El papel ético del maestro es "conservador"; puesto que tiene la obligación de procurar que los conteni-

dos culturales sean vistos y apreciados por las nuevas generaciones en forma correcta. El maestro no puede entusiasmarse con falsificaciones ni con puntos de vista irrespetuosos o escépticos. Esto quiere decir que debe ser leal a la tradición cultural. Sin duda un talento innovador puede ser un magnífico maestro, puesto que se encuentra en mejor condición que nadie para transmitir a las nuevas generaciones un conjunto de contenidos valiosos inapreciables. Toda innovación en el campo cultural representa un laudable esfuerzo para comprender o para corregir la comprensión de los valores culturales tradicionales.

A las nuevas generaciones les está encomendada por la historia la tarea de innovar. No se confunda la innovación con la negación, que apenas es un momento subjetivo, que traduce la conciencia de la propia incapacidad. La negación lisa y llana es índice de impotencia, doblada o redoblada por el odio y por la envidia. El verdadero poder es constructivo. No aniquila: engendra. No se mida, pues, el poder de una generación por la fuerza de su nihilismo. Mídase por su capacidad para crear contenidos valiosos, enriquecer el acervo cultural, ya sea en el orden de la meditación o de la creación artística, ya sea en el de la acción moral y política. La verdadera potencia creadora se hace sensible por sus actos, por su vigor afirmativo y desde luego por la perennidad de sus obras.

Se comprende que la conjunción entre la objetividad cultural comunicada por el docente y el espíritu subjetivo que el educador trata de modelar sólo puede producirse en el campo de la personalidad. Por lo tanto, la educación es un problema de la personalidad. No existe sino en tanto que existe la personalidad; porque sólo la personalidad comprende y comunica contenidos valiosos; porque sólo la personali-

dad es capaz y digna de cumplir los más altos fines de la historia humana. Pero no se confunda la personalidad con el individuo, como se hace comunmente. La personalidad es una estructura mucho más compleja y mucho más eficaz que el individuo. Desde luego, implica al individuo, pero lo vence y lo resuelve en un plano superior; porque la realización de los valores espirituales tiene el sentido de que se posponen los económicos y sensoriales vinculados a la individualidad.

Lo decisivo en este caso es que el educador tenga presente la imagen concreta de la personalidad, no su imagen abstracta. Personalidad no es una entidad irreductible entre muchas otras, un átomo entre una infinidad de átomos. Personalidad, o mejor dicho persona, o sea personalidad concreta, y no simple esencia abstracta, es una entidad espiritual dinámica, cuya vida resulta o se produce en la confluencia del espíritu subjetivo con el espíritu común. Sin subjetividad no puede existir la personalidad; sin objetividad, carecería de contenido y sería como una sombra flotante desatada de la tierra.

Desarrollar la personalidad—si es esta una misión educativa de primer orden—no es desenvolver el espíritu crítico y soltar los resortes de la rebeldía, como finalidad exclusiva. No es crear seres descontentos y anárquicos por sistema, bajo pretexto de cultivar los sentimientos de libertad. La personalidad está integrada también por valiosísimos elementos comunes, cuyo estrato más profundo es acaso la noción de que la vida misma es común. Patria, familia, comunidad de naciones, comunidad de cultura, son factores imprescindibles en el desarrollo de una personalidad

La educación no puede ser, pues, unilateral. A la vez que el espíritu subjetivo, y su valor máspreciado, la libertad, deben cultivarse los sentimientos solidarios, el amor a la co-

munidad, desde la más íntima hasta la más amplia. Un valeroso espíritu cívico, un patriota, un defensor de los derechos de su pueblo, no pierde por ello su personalidad. Al contrario, la gana. Un educador sincero debe saber que sólo aproximándonos a las fuentes del espíritu común, se modelan las personalidades robustas. Una generación con arraigo en la tradición, será la única verdaderamente capaz de producir hondas transformaciones; porque tendrá fuerza y porque su trabajo no será estéril.

Establecidas estas ideas, lo demás viene como consecuencia. La simple orientación ideológica no basta. Es necesario el conocimiento progresivo de la sociología, de la psicología, de la caracterología, de la geografía, de la filosofía de la cultura, etc; a fin de determinar las condiciones materiales y concretas en las que tiene que desenvolverse la educación. Naturalmente, una vez determinadas estas condiciones, es preciso acudir al auxilio de la metodología, síntesis de valiosas experiencias realizadas por notables investigadores. Lo que no debe hacerse es lo contrario, es decir buscar nociones concretas en el campo de la investigación científica, prescindiendo de la orientación ideológica. En el mejor de los casos, todo lo que se haga será bueno en sí, pero no producirá ningún beneficio. La elaboración de los materiales tiene que ser dirigida por mentes esclarecidas y competentes, dueñas de un plan determinado y dispuestas a aplicarlo. Tenemos que convenir en que ya es tiempo de que pasemos del análisis de nuestros defectos, a la determinación de propósitos concretos; y ello no se logrará nunca mientras no encontremos siquiera una ruta segura.

A fin de resumir y esclarecer las ideas expuestas en este ensayo, es necesario reiterar la convicción de que el fundamento de la educación, en cuanto la educación misma es

forma de la cultura, no se encuentra en un espíritu abstracto, ni en una misteriosa naturaleza, sino en la evidencia de la personalidad concreta, subjetiva y común a la vez, creadora de la cultura y enfrentada por ésta al mismo tiempo. En segundo lugar, y como consecuencia de lo dicho, la orientación del proceso educativo tenemos que buscarlo en valores absolutos, que son principios a priori orientadores de la actividad espiritual del hombre. Esta idea está implícita en la repetida mención que hacemos de los conceptos de cultura y contenidos culturales.

ENRIQUE BARBOZA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»